

# *La Aparición del Cuervo*

## *El Lenguaje de la Profecía*

*Publicado en inglés en ReVision en la primavera del año 2004*

*Peter Kingsley*

[*Nota del Editor:* Este artículo está basado en una presentación realizada por el autor en la conferencia "2003 Conference on Language And Spirituality" en Albuquerque, Nuevo Mexico.]

Cuando fui invitado a asistir a esta conferencia, acepté porque sentí que existía una necesidad interior. Una necesidad que tiene que ver con la esencia fundamental del diálogo.

Esta conferencia ha sido diseñada con la intención de resaltar los mejores aspectos del diálogo, sus aspectos más positivos. Pero un aspecto particular del diálogo es que, de por sí mismo, implica una dualidad. El diálogo me ha de incluir a mí y a alguien más –lo cual se trata de una dualidad– y luego, gradualmente, uno intenta superar esa dualidad a través de la interacción, la escucha y la discusión. Pero es un proceso a menudo lento y delusorio. Puede existir un

acuerdo entre los dos interlocutores, o puede existir el desacuerdo; pero aun así no existiría la unidad.

A mi juicio cualquier diálogo formal entre las tradiciones indias americanas y la ciencia occidental moderna, tal como el que se está intentando entablar aquí, siempre permanecerá al nivel de la dualidad y la dicotomía.

En mi opinión la única manera de trascender la dicotomía entre las distintas posturas es encontrar un tercer punto con el que crear un triángulo que, abarcando a ambos puntos, los armonice y los conecte entre sí, uniéndolos a un nivel más profundo.

Ese tercer punto es el origen del mundo occidental y, en efecto, de la ciencia moderna. Es este un punto de origen que sin duda reside en el pasado. Pero que al mismo tiempo, y de manera misteriosa, se encuentra también aquí y ahora, porque en realidad el origen de todo –incluido el tiempo– es el presente.

Esta cuestión, la de los orígenes del

mundo occidental, ha constituido mi trabajo durante más de treinta años. Durante todos esos años me he sentido atraído, con una creciente intimidad, hacia la noción de que esos orígenes no tratan únicamente del pasado, sino también del presente y del futuro. Nos concierne mucho más de lo que nos damos cuenta. Y lo cierto es que aunque creemos entender muy bien los orígenes del mundo occidental, en realidad ni los recordamos ni los comprendemos.

Permítanme mencionar solamente un ejemplo. En el diálogo de hoy surgió el tema de la lógica, y el nombre de "Parménides" se mencionó en relación con ella. Parménides vivió antes que Platón y Aristóteles. No es ningún secreto decir que se le considera como al fundador y padre de la lógica. Pero hoy nos es posible saber cosas sobre él que hasta recientemente habían permanecido ocultas durante milenios.

Hace algunos años se descubrieron ciertos restos arqueológicos en su ciudad natal. Esos hallazgos demuestran que Parménides –aunque lamentablemente no existe hoy apenas nadie a quien le interese estudiar el tema, precisamente porque las consecuencias son tan transcendentales– era un sacerdote de Apolo (el dios griego cuya ave sagrada era el cuervo) que se especializaba en la consecución de estados alternativos de

conciencia y del sentimiento de la unidad de todas las cosas; demuestran que era un profeta, un mensajero de los dioses dotado de la habilidad divina de revelar aspectos del pasado, presente y futuro que le eran desconocidos a los demás; demuestran que era un curandero que recurría, entre otras técnicas, a la interpretación de los sueños.

Es un hecho bien conocido que Parménides, el fundador de la lógica, expuso esa lógica, paradójicamente, en forma de poema – un poema escrito en el metro de la poesía sagrada. Pero lo que todavía no se ha comprendido es que Parménides trajo la lógica al mundo occidental de otro mundo. Y la trajo como regalo de los dioses, un regalo cuyo propósito era conducirnos de vuelta hacia ellos.

Parménides forma sólo una parte del contexto total. Existió también otra gente que vivió en su vicinidad y aproximadamente en su misma época, quienes fueron responsable de darle existencia a lo que se puede estimar como el noventa por ciento de las bases de la cultura occidental. Y lo dieron como regalo. No me refiero únicamente a la lógica, sino a todos los aspectos fundamentales de la ciencia occidental, desde la cosmología y la astronomía hasta la raíces mismas de la psicología.

Hay muchas, muchas cosas que he aprendido y que sigo aprendiendo de

esos griegos que vivieron hace dos mil quinientos años. Pero la clave, lo más importante de todo lo que he aprendido de ellos, es que existen dos maneras distintas de hablar – del mismo modo que existen dos maneras distintas de percibir.

Existe el modo profano de hablar, que consiste en hablar *sobre* las cosas. Y si uno se fija, se dará cuenta de que en el mundo occidental siempre hablamos *sobre* algo. Existe la palabra y luego el punto de referencia de la palabra, que siempre está separado de la palabra en sí. Y está claro que esto supone la base de prácticamente toda la lingüística moderna.

Pero según Parménides y otros como él, existe otra manera de hablar. Esa manera consiste, en lugar de hablar *sobre* algo, en hablar *desde* algo. Si se siente la unidad, se habla desde la unidad; y esa unidad se comunica a través de la magia de la palabra, de un modo que le resulta incomprensible a la mente pero que le obsesiona y fascina sin fin. Porque esos griegos eran magos. Los fundadores de la lógica y la ciencia del Occidente eran hechiceros. Sabían perfectamente lo que estaban haciendo, aún si hoy en día nadie entiende lo que hicieron.

Y esta cuestión de como hablamos también tiene relación con como descubrimos. En el Occidente moderno estamos dominados, regidos por la

presunción de que las cosas se descubren con el tiempo. Buscando, experimentando, eventualmente, poco a poco, se puede descubrir la naturaleza de la realidad. Este modelo profano del descubrimiento se estableció en el Occidente hace muchos siglos. Y ha resultado, catastróficamente, en un distanciamiento de nosotros mismos y de todo lo demás. Pasamos así la vida buscando soluciones para no descubrir sino más problemas; buscándonos a nosotros mismos sin nunca encontrarnos; buscando respuestas donde esperamos y suponemos encontrarlas, mientras desoímos la sabiduría que se nos comunica por todas partes.

El modelo esotérico se basa en un principio completamente distinto: en el principio de que uno simplemente tiene que descubrir que todo ya se encuentra ahí desde el principio. Ya está ahí todo porque se nos ha dado todo. Todo lo que necesitamos saber se nos otorga automáticamente en el momento en el que lo necesitamos saber. Sólo existe un único requisito para poder entamar una relación viviente con este modelo sagrado: la capacidad de abrirse a lo inesperado y lo desconocido.

Mencionaré un ejemplo. Todos sabemos lo que ocurrió el once de septiembre de 2001, o por lo menos estamos familiarizados con los eventos externos que ocurrieron ese día. Tres

días antes, el ocho de septiembre, un cuervo apareció y me contó lo que iba a ocurrir.

Nos es natural pensar sobre el lenguaje en términos de verbos y sustantivos, de adjetivos y pronombres. Pero aunque consideraciones de este tipo pueden resultar útiles para comprender parte de la mecánica por la cual nos es posible hablar, estas también pueden, con igual facilidad, ocultar las dimensiones sagradas del lenguaje y los misterios infinitos de la comunicación.

Siempre me ha fascinado la tradición que existía en la antigua Grecia y otras culturas sobre el "lenguaje de los pájaros". Hace varios años me encontraba caminando con el hijo de un amigo que asistía a una prestigiosa universidad de aquí, de Nuevo Mexico, donde tomaba clases de literatura clásica y artes y letras. Cuando subíamos una colina del bello paisaje, le pregunté: "¿Qué es lo que has aprendido de verdad? ¿Qué es lo más importante que has aprendido en la universidad?". Me respondió que "lo más maravilloso que he aprendido es que los seres humanos poseemos el lenguaje". Le pregunté si con ello quería decir que ningún otro animal lo posee, y me respondió: "No, ningún otro. El lenguaje es algo único al ser humano." Mientras caminábamos se escuchaban los gritos de halcones que volaban a nuestro alrededor y se

llamaban entre sí, así que le pregunté: "¿Y los halcones?". Me respondió: "¿Los halcones? Eso no es lenguaje." Su condicionamiento y su educación le impedían escuchar a los halcones. Era incapaz de reconocer que dos pájaros que se llaman entre sí están utilizando el lenguaje.

Y ahora les relataré lo que ocurrió el ocho de septiembre.

Ese día me encontraba solo en casa, en una isla de la costa oeste de Canadá donde vivía con mi mujer. Por la tarde escuché los gritos de un cuervo fuera de la ventana tras la cual me encontraba escribiendo. La casa tenía muchas ventanas, las cuales se abrían a los árboles del alrededor y al lago. Seguí escribiendo.

El cuervo continuaba su reclamo, bulliciosa e insistentemente. Yo era consciente de su llamada, ya que siempre me he dado cuenta de los pájaros. Imaginé que llamaba a otro cuervo. Pero entonces, de súbito, fui capaz de separarme de mí mismo, y me di cuenta de que el cuervo estaba volando en círculos alrededor de mi casa, en la dirección de las agujas del reloj, y parando repetidamente para continuar su llamada.

Nunca me había ocurrido algo parecido. Al principio intenté seguir escribiendo, pero llegó el momento en el que no me quedó la más mínima duda de

que el cuervo me estaba llamando a mí. Así que me levanté, salí de casa y me dirigí hacia el balcón con orientación sur. Allí, en frente mía, en la rama de un árbol y mirándome a los ojos, exactamente a mi altura, estaba el cuervo.

En cuanto me vió se puso a gritar continuamente, sin parar. Yo no comprendía lo que estaba diciendo, pero estaba seguro de que me estaba comunicando algo.

De repente, paró. Lo recuerdo muy claramente. Le pregunté: “¿Qué ocurre?”. Comenzó a batir las alas y a gritar de nuevo, todavía posado en la rama delante de mí. No le lograba entender. Paró, y le pregunté de nuevo: “¿Qué me quieres decir?” Esta vez batió las alas con más intensidad todavía. Ascendió ligeramente de la rama y se sostuvo en el aire justo enfrente de mí. Captaba mi atención absoluta. Ahora sabía que tenía un mensaje para mí. Le escuché no solamente con los oídos, sino desde el interior profundo de mi ser.

Y en ese momento, me habló, en el interior de mi ser. Su mensaje me llegó directamente en inglés, no en el lenguaje de los cuervos o en otro lenguaje

indígena, sino en palabras que yo podía comprender. Me dijo: "He venido para decirte que pronto habrá muerte y destrucción terrible". Y la manera en la que lo dijo me hizo entender que esa muerte y destrucción no nos afectaría a mi mujer y mí en particular, sino al mundo entero.

¿Qué quiere decir que un pájaro hable? ¿Qué significado tiene el permanecer tan quieto que se consigue oír hablar a un pájaro? ¿Qué es lo que ocurre de verdad cuando un cuervo aparece y le dice a alguien lo que va a pasar? ¿Y cual es el lenguaje de los pájaros – no el inglés o el español, o el lenguaje humano, sino el lenguaje pájaro?

Estas son preguntas que en el mundo moderno occidental, a pesar de todos sus aparentes conocimientos, nadie es ya capaz de responder. Pero son también preguntas que proceden de un fondo infinito y que, si se lo permitimos, nos pueden llevar de vuelta al fondo infinito del que proceden. Este es el fondo de la unidad, donde se encuentra el origen de toda cultura, lenguaje y ser.

Peter Kingsley, PhD, es *Doctor Honoris Causa* por las universidades de Nuevo Mexico en EE.UU. y Simon Fraser en Canadá. Se puede obtener información personal y sobre su trabajo en el enlace [www.peterkingsley.org](http://www.peterkingsley.org) © 2003 Peter Kingsley.